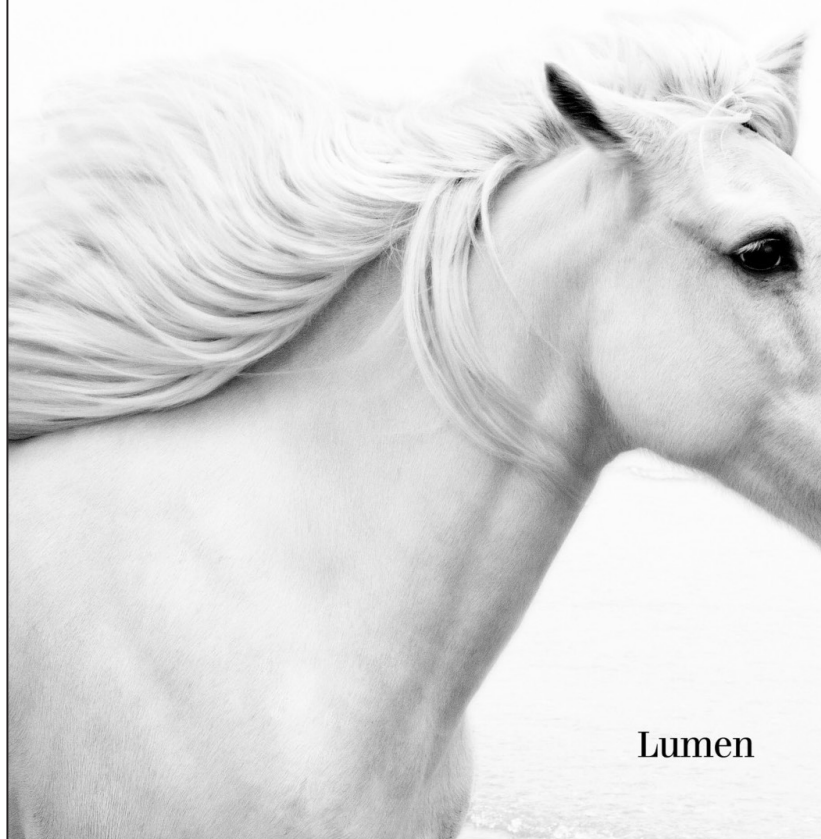




Guía de lectura

Montserrat Iglesias

La marca
del agua



Lumen

Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

España, años 50. La mitad de Hontanar está inundada por el pantano. Los vecinos del pueblo que aún no se han marchado han ido a celebrar la inauguración del pueblo nuevo al que se van a trasladar todos dejando atrás sus casas. Sólo quedan en Hontanar los hermanos Cristóbal: Marcos y Sara. Sara aparece ahorcada del machón de la cuadra. Marcos decide cargar a su hermana en el carro y llevarla al pueblo nuevo, iniciando un singular viaje que transcurre en tres tiempos: el presente, en el que, mientras el protagonista piensa qué puede hacer, recorre los diferentes espacios

fundamentales en la historia y se encuentra con obstáculos y personajes (entre los que destaca don Rufino, el párroco de Hontanar); el tiempo pasado de la vida de la familia, con el conflicto latente entre Marcos y su madre, que tiene a Sara como principal motivo de disputa; y el pasado más reciente de la relación entre el ingeniero de las obras, Gabriel, y Sara. En ese trayecto en carro hacia el pueblo nuevo, don Rufino, convertido en una suerte de Sancho Panza, acompaña a Marcos en su quijotesco propósito de enterrar clandestinamente a su hermana para darle reposo lejos del agua.

UNA NOVELA NEORRURAL

La marca del agua apela a ese momento en el que un pueblo entero debe abandonar sus casas, y también sus raíces, a merced de uno de esos pantanos diseñados bajo la política hidráulica que se impulsó durante la Segunda República y se alargó durante los años de la dictadura franquista y que pretendía acabar con la pertinaz sequía de una España eminentemente rural. De uno de aquellos pueblos anegados surge esta historia antigua que habla de algunas inquietudes afines a este primer cuarto del siglo XXI: la necesidad de arraigo, lo inexorable del progreso o el amor por la naturaleza. Pero también es una reflexión profunda sobre la muerte y el olvido y una reivindicación de la memoria de nuestros antepasados.

Aunque esta novela se enmarca en un tiempo definido —la narración gira en torno a distintos tiempos, desde los años previos a la guerra civil al conflicto y la posguerra— y se desarrolla en un entorno limitado y preciso —un paisaje enmarcado, también de manera metafórica, entre un río y sus hoces, entre el cielo y el suelo...—, son muchas las temáticas que transitan por esta historia de una gran riqueza por la que fluyen desde sentimientos esenciales —la pérdida, el amor, la muerte, el olvido— a momentos mucho más prosaicos —arreglar una rueda, compartir un dibujo o aprender a montar en bicicleta—, y en la que se difuminan los contornos espaciales y temporales apuntando directamente a ele-

mentos fundamentales de la naturaleza humana. Un relato que sorprende por su madurez narrativa, por la riqueza de sus personajes y la precisión de su lenguaje.

En cuanto a los protagonistas, el eje principal lo conforman dos hermanos: Marcos, el narrador, un hombre atormentado sobre quien recae el peso de la memoria y la culpa, y Sara, una mujer atrapada en sus propios demonios, protegida pero expuesta. En torno a ellos, otro puñado de caracteres diversos (curas, falangistas, secretarios, ingenieros, agricultores, oportunistas...) entretejen historias que expresan distintas tensiones: las de la familia y sus secretos, las diferencias sociales, las relaciones de pareja, el peso de la religión, el dolor físico y el de la pérdida, la huella de la guerra y la posguerra, la presión social sobre las mujeres y sus frustraciones, el poder y sus corruptelas, la tradición y el progreso, la utopía y el conformismo. Un paisaje humano en el que, sin embargo, no hay buenos ni malos, sino víctimas de una época oscura y clasista que les obliga a resistir a merced de los designios de una guerra que a la postre acabó dividiendo a un país entre vivos y muertos.

El entorno cobra asimismo una importancia narrativa hasta convertirse en un personaje más. Y palpita e interactúa a lo largo de toda la novela en formas diversas: el agua («que no ha nacido para estar sujeta»); la presa («las compuertas recién colocadas del aliviadero son tan oscuras como los ojos de Gabriel. Son sus compuertas. Son sus ojos los que nos ven desde lo alto del talud»); los buitres («una criatura más grande que cualquier

hombre y más recia que la propia roca; el ser más hermoso creado por la mente de Dios»); las hoces («el único lugar en el mundo en el que la mentira no tiene grieta en la que ocultarse»); el río («Sara no fue un río, sino un temblor que resquebrajó la tierra entre madre y yo. Casi treinta y un años así, como las paredes de los cortados, una frente a la otra, pero cerca, sin separarnos del todo, pues los dos taludes necesitaban estar próximos de lo que les ha separado y unido eternamente») o la dureza del clima y la vida en el campo («Esa es la desgracia del secano, que como el cielo no decida llover en condiciones, no se puede hacer nada, y, cuando se puede hacer, o la intemperie te congela el pensamiento o el sol te lo abrasa»).

La autora parece encontrar la fórmula para tender las historias que narra al sol de una corriente literaria en auge: el neorruralismo. La temática y el pulso narrativo de *La marca del agua* asienta sus raíces en el realismo de los años 40 y 50, con nombres tan destacados como Camilo José Cela, Ana María Matute o Miguel Delibes, que tuvo un renacimiento en los 80 con autores como Julio Llamazares o Luis Mateo Díez y que, en la actualidad abordan de nuevo escritores como Jesús Carrasco (*Intemperie*), Pilar Adón (*Las efímeras*), Lara Moreno (*Por si se va la luz*) o Pilar Fraile (*Las ventajas de la vida en el campo*).

Pero al margen de las corrientes, y desde su particularidad, Montserrat Iglesias se revela en este primer libro como una escritora universal de gran talento literario.

FRAGMENTOS

«No es que no vea cada día el avance del agua, pero estas primeras horas son el peor momento para contemplarlo. Cuando le da la luz, el agua aún espejea y parece menos muerta, pero, cuando ya la luna ha desaparecido y el sol todavía no ha asomado por los cortados del este, la lámina de agua no puede brillar, es una capa inmóvil, estancada, y el pantano parece aún más un monstruo quieto que se traga las casas, las tierras, las vidas y hasta los muertos.

»Los muertos también devorados sin que nada ni nadie grite ni se revuelva. Se van de fiesta sin siquiera preguntarse qué les pasará a los muertos dentro del agua. Lo mismo las corrientes los sacan de sus tumbas y se quedan varados en el fango y se los comen las truchas y los gobios. Sara también estará cubierta de fango y mordisqueada por seres pegajosos que no son animales, porque no corren ni vuelan. No la dejaré con los peces. Me la llevaré y ya se me ocurrirá algo, o a madre, que siempre tiene una solución para todo.»

«No le dijimos todo, claro. No le dijimos por qué salimos de Madrid, ni le dijimos que madre se pasó semanas intentando buscar trabajo en Segovia, pero que fue igual que en Madrid, que, cuando creía tenerlo en la mano, venía algún conocido de don Cristóbal a estorbar. No le dijimos quién era don Cristóbal. Ni siquiera madre y yo hablamos jamás de él después de salir de Madrid. No le dijimos que madre tampoco consiguió trabajo en Sepúlveda, pese a que allí no conocían a don Cristóbal. Lo que pasaba es que nadie creyó que fuese viuda hasta que no llegamos al pueblo. A madre solo se le puso el cuerpo de viuda cuando la tía Aquilina le dijo: “No pretenderás no llevar luto por tu marido”.»

«Noble sabe que el agua no es un problema. Son los de fuera los que han convencido a todos de que hay que cercarla como a las gallinas para que no nos dé mal vivir. Pero Noble no escucha lo que dicen los funcionarios del Gobierno y jamás aceptará esa mentira. Los del pueblo

tampoco entienden a los que llegan trajeados de Madrid o de Segovia, sueltan su discurso y regresan a unas casas que nadie se atrevería a inundar, pero han preferido resignarse: “Ellos sabrán más, que tienen estudios”, dicen. Como si no tener estudios te arrancara los ojos de la cara... Lo parece... Hace tiempo que dejaron de ver el agua como la ve Noble: tan clara, que no nos daríamos cuenta de que está ahí si no parloteara a su paso; tan fría, que, de solo pensarla llegando al gznate, alivia; tan suya, que adelgaza y engorda cuando le da la gana porque ha nacido para no estar sujeta. Es lo que les da rabia a los de fuera. Ellos quieren que el agua sea obediente y eso es imposible, a no ser que la conviertas en ese maldito cangrejo oscuro que inunda el pueblo.»

«Además, ¿quién va a verme en los páramos? En primavera aquí no sube ni un alma porque no hay qué hacer. Esa es la desgracia del secano, que como el cielo no decida llover en condiciones, no se puede hacer nada, y, cuando se puede hacer, o la intemperie te congela el pensamiento o el sol te lo abrasa. Ahora, si no fuese por la mojadura y el dolor en las costillas, sí se podría pensar bien en medio de esta enorme alfombra recién nacida que esconde todo lo ingrato de la tierra. Aunque, como este año hay tantas parcelas que se han quedado en barbecho, el páramo más que una alfombra parece un mantel gigante a cuadros verdes y marrones con alguna mancha oscura, a cada tanto, de enebro viejo, como los cercos que quedan del vino en los manteles de verdad. Ninguno de los Hernanpérez ha sembrado, tampoco los

Nuño, se han conformado con lo que dé la cosecha del pueblo nuevo para no andar yendo y viniendo como los últimos tres años.

»—Y a partir del invierno que viene, puro erial, Sara, campo ganado al cardo y al tomillo. No me digas que no te da pena.

»Tierra baldía, a no ser que sus dueños quieran vender las fincas por una miseria y las acabe cultivando cualquier gañán de Motarejo o de Pedrerías o de Pardales. Por ahora no lo harán, porque todavía les dura el coraje del agravio, pero ¿cuánto resistirá el orgullo cuando lleguen los primeros pagos de los lotes del pueblo nuevo? Entonces aceptarán cualquier limosna que se les ofrezca.»

«A punto estoy de preguntarle a don Rufino si subió a la mina de yeso. Seguro que no, pues de lo contrario no diría que da lo mismo. No sé lo que vio el Basilio, yo solo me acuerdo de lo que no vi. No había casi sangre. Pensé que siete hombres muertos dejarían mucha sangre, pero solo quedaba un rastro de manchas negras, pequeñas, no del todo redondas, como el centro de un charco de agua la mañana siguiente a una tormenta. ¿Dónde habría muerto el Cantamañanas, dónde el señor Riaño, el tío Cirilo, el capataz de la mina? Esperé encontrar algo que me lo dijera. No sé si también era lo que buscaba el Basilio mientras arrastraba los pies por la tierra. Las gafas del señor Riaño, el chisquero de su padre, la navaja del señor Honorato. Sin embargo, nada distinguía una mancha de otra. Todo estaba casi como si no hubiese pasado nada. El día era ca-

luroso y los buitres ya habían encontrado las corrientes de aire caliente para dibujar sus círculos. A los que murieron allí, ni se les concedió ver por última vez a los buitres. A mí me hubiese gustado al menos caer boca arriba y contemplar la espiral del cielo. Cualquier hijo de Hontanar se merece algo así, contemplar por última vez a esas criaturas más grandes que cualquier hombre y más recias que la propia roca. Sin embargo, solo verían un cielo cuajado de estrellas que no pertenece a nadie y sentirían el ulular del gran duque, pero qué consuelo podría darles un animal escondido cuando ellos no habían podido escaparse. “¿Dónde están los cuerpos?”. “Dicen que los enterraron por la finca de Maluque”. “¿Nadie ha ido a ver?”. No supe qué contestar.»

«La medalla me la dieron por sobrevivir, no porque hiciese nada en particular.

»La medalla es por este dolor en la rodilla, tan cotidiano que a veces ni se siente. Sin embargo, ese día hubiese preferido estar muerto antes de padecer aquella tortura, que parecía que la pierna entera me la arrancaban de cuajo. No sé cuánto más fuerte que ahora era el dolor, si mil veces o mil millones de veces, pues solo se pueden medir los dolores viejos. Pero lo único que deseaba entonces era que desapareciese y esa idea se hizo tan grande que no me comporté como un héroe. Un héroe se hubiese sujetado a los motivos para hacer esa guerra, a la imagen de las tuberías abandonadas, a la sensación escurridiza de la mano de la Vitoria, a los nudos de los bordados de mi hermana, prietos como los mechones de su trenza. Pero la bala en la rodilla no me dejaba es-

pacio para aquello. Allí tumbado no era más que un carnero con la pata rota que necesitaba que alguien lo aliviara cuanto antes. Por eso no me quedé quieto ante los dos milicianos. ¿Subían o bajaban la loma? ¿Atacaban o retrocedían? ¿Qué importa! Me incorporé porque pensaba que acabarían con el sufrimiento. “¡Mira! Ese sigue vivo”. Eran del color de la tierra, labradores como yo, seguramente acostumbrados a las hileras de viñas en pequeñas lomas. Mis brazos alzándose sobre el suelo les debieron recordar a estos troncos secos y también torturados. “Déjale que se retuerza el *hijoputa* fascista”. Y alguno de los dos o los dos me patearon donde vieron sangre. Los odié, aún los odio, por haberme salvado la vida y por el dolor sin fin.»

«No quiero hablar contigo. No te lo mereces después de lo que me has hecho, después de no haberme elegido ni siquiera en el momento de la muerte. Pero estoy harto de callarme, harto de ser Marcos el mudo, el metido *pa'dentro*, el raro. Ahora que sé que también lo escuchas, te hablo solo en mi cabeza. No me gustaría que Noble se enterara de lo que tengo que decirte; ese macho te aprecia demasiado y le dolería escucharme. Por eso me he metido entre los costales; no para estar más cerca de ti, no te confundas, sino para que Noble no me sienta si se me escapa alguna palabra que me queme en el gazzate. Además, los sacos te deben parecer un buen sitio para mí. Eso es lo que soy en tu presencia, un pellejo que se abulta con cada dolor: la rodilla, los pies, el costado, las tripas. Qué más... No sé. Las sienas también me arden. Pero ese

dolor no lo deseo porque es un dolor propio de ti: las migrañas, la fiebre. Quédate las y devuélveme todo lo que te he dado sin que me lo pidieras. Tantas cosas que eran mías y se las entregaste a otros.

»Como cuando cualquier amiga te encontraba en la plaza o a la salida de misa o venía a buscarte a la fonda: “Oye, Sara, ¿no tendrás unos alfileres de cabeza negra para sujetarme el velo a los hombros; o una bobina de hilo de hilvanar, que se me ha quedado un dobladillo a medias; o un huevo de madera, que se me cayó al suelo mientras zurcía y ha rodado bajo el arca?”. Y tú: “Toma Fulana o Mengana, y no te preocupes en devolvérmelo porque tengo otro, porque tengo muchos”. Y vaya si los tenías. Te llegaban paquetes enteros de Sepúlveda, de Segovia, de Madrid con esas y otras muchas cosas: dedales de madera, de cerámica, de plata; madejas de hilo de todos los colores y tamaños; puntillas, lazos, piezas de seda, de organza, de lana. Siempre a nombre de alguno de los huéspedes de la fonda. Y tú: “Madre, ¿no tendrá la dirección de tal señor o tal señora para escribirle un agradecimiento?”. A veces madre la tenía y si no podía hacerme con la carta antes de que la cogiera el Porfirio, más de una señora o un señor de Segovia, de Madrid o de Sepúlveda se preguntaría qué es lo que decía esa loca de hilos y telas.

»No te lo dije nunca porque no quería que me dieras las gracias. Solo deseo que me eligieras alguna vez. Pero ni en tu muerte me has preferido. Y aún me dice el cura que si he tenido algo que ver en esto. ¿Yo? Será Gabriel, que al final no quiso sacarte del pueblo. Porque ese es

todo el problema, ¿verdad, hermana? Lo que dijo don Rufino: “Solo quería salir de aquí”. Aunque te hubiese mandado traer telas de la China, tú igual hubieras deseado dejarnos atrás. Y ¿quién tiene la culpa de eso? Tal vez haya sido madre, que te metió en la cabeza aquello de nuestro sitio, aunque no supieras a qué se refería. O quizás es la única herencia que te dejó el padre que no conociste. A lo mejor es culpa de don Cristóbal, pues madre no había tenido tiempo de marcarte con el hierro de sus esperanzas, cuando tú ya entrabas a escondidas en las habitaciones de las señoras de ciudad que venían con su olor a rancio, sus cólicos de riñón y sus maridos esmirriados. Quizás eran los pies de don Cristóbal y no los tuyos los que te hacían entrar en cada cuarto; su nariz y no la tuya la que olía los perfumes que esas mujeres usaban para tapar su tufo; sus manos y no las tuyas las que acariciaban los zapatos, las cintas de los sombreros y el envés de los vestidos; sus ojos y no los tuyos los que lo miraban todo con hambre de dientes que no se sacian por mucho que devoren. Será culpa de nuestro padre, pues no se puede luchar contra lo que se tiene atrapado en las entrañas. ¿O sí? Se puede usar la voluntad para vencerlo, la que yo intentaba enseñarte cada vez que te buscaba entre las rendijas de las puertas y te bajaba en volandas hasta la cocina. Madre nos encontraba pálidos: “¿Qué pasa?”. “Nada”, contestaba yo, sintiendo aún que nuestros cuerpos seguían arriba, pues no quería que madre te regañase, solo hacerte ver que lo único que me llenaba de piedras el aliento era que te gustasen más ellos que

yo, cuando yo me hubiese enfrentado al mundo para que te quedases a mi lado. Y, de hecho, me había enfrentado más que al mundo, Sara, por ti había roto las bridas que me unían a madre.

»¿Lo entiendes? No, ya sé que no lo entiendes, pero ya no tengo tiempo de explicártelo. Solo quiero que sepas que voy a cumplir tu voluntad de sacarte para siempre de nuestras vidas y que espero que Dios no te perdone. Que no te perdone por lo que has hecho, que

no te perdone por madre, por Merche, por la Vitoria, por Juan..., por todos a los que dejé de querer para quererte solo a ti. Le ruego a Dios que no te perdone, aunque yo sí te perdono. No me queda otro remedio. Si no lo hago, de qué han valido los últimos treinta años y once meses, un día detrás de otro.

»A veces le digo a la Vitoria que quiere demasiado a Juan. Ella me contesta que no, que nunca se quiere demasiado a nadie. Pero es mentira.»

EL CAMINO DE VUELTA, POR MONTSERRAT IGLESIAS

Setenta años no es edad para un pueblo de España donde, a poco que te descuides, cualquier corral en medio de un bosque de encinas puede remontarse al siglo XII. Pero La Vid, el lugar que es germen de esta historia, surgió de la nada hace siete décadas en Castilla, aunque tampoco se parece a ningún pueblo castellano, ni a ninguna otra localidad de nuestro país. Eso no quiere decir que sea único. Tiene cientos de gemelos, hermanos y primos hermanos desperdigados por la Península: los asentamientos que hizo construir el Instituto Nacional de Colonización durante los años cuarenta, cincuenta y sesenta y que acogieron a más de cincuenta y cinco mil familias cuyas casas habían desaparecido bajo el agua de los pantanos.

La Vid está en Burgos, pero allí casi no ha vivido ni vive ningún burgalés. Los mayores de setenta años son todos segovianos y los menores de cincuenta y cinco somos de cualquier parte: de Barcelona, de Madrid, de Bilbao, de Valladolid, de Burgos capital, de Aranda de Duero... Es un lugar huérfano de dueño, pues nadie reclama su pertenencia y, por no tener, no hay ni un gentilicio habitual y bien conocido con el que nombrar a lo que se considere de allí. Sin despoblarse del todo, como les ha ocurrido a otros pueblos de Castilla, ha estado, de algún modo, siempre vacío, pues ya nació con el espíritu en otra parte. Hasta el punto de que nadie puede considerarse un orgulloso habitante de La Vid si no es primero miembro de la asociación que busca recuperar las tradiciones del pueblo del que vienen los viejos del lugar: Linares del Arroyo, a unos veinticinco kilómetros, en el corazón de las Hoces del Río Riaza.

Desde que tengo memoria he hecho el camino de vuelta a Linares durante el verano, en las vacaciones, cuando surgía. Con mi abuelo al principio, con mi padre después. Estos últimos años he ido muchas veces sola, recorriendo a pie el camino que los últimos vecinos de las hoces hicieron tantas veces: de Linares al pueblo nuevo, del pueblo nuevo a Linares, hasta que el agua no les dejó volver. Escribir esta novela ha sido parte de ese camino de regreso. Quizás lo que aquí se narra no tenga nada que ver con lo que en realidad pasó y sea cierto lo que hace unos meses me dijo alguien de los que dejó aquello: «Si todo es cuento, todo es mentira». Espero que no sea así, que estas páginas conserven la verdad esencial y que algún lector pueda encontrar en ellas lo que aquellos hombres y mujeres sintieron al abandonar la tierra en la que sus antepasados les habían construido un mundo que deseaban dejar como legado a sus hijos. Ojalá llegue hasta el lector su desarraigo, su nostalgia, su pena, su pérdida irremediable e irremplazable, la incompreensión propia y ajena.

En lo que a mí respecta, esta novela me ha ayudado a recuperar parte de ese algo que he echado en falta desde siempre, pese a que no lo haya tenido nunca.

ENTRE LA REALIDAD Y LA FICCIÓN, ALGUNAS ACLARACIONES DE LA AUTORA

Todos los lugares que aparecen en *La marca del agua* son reales: existió un pueblo llamado Linares del Arroyo (Segovia) que desapareció bajo un pantano y existe el pueblo nuevo al que tuvieron que trasladarse parte de sus habitantes, que se llama La Vid (Burgos). El camino que se describe existe y lo recorrían los pobladores de Linares tal y como se cuenta en la novela para ir y venir de un pueblo a otro. También los pueblos que se mencionan tienen su trasunto real: Pardales es Castillejo de Robledo (Soria), Motarejo es Maderuelo (Segovia), Pedrerías —en honor a Ana María Matute— es Fuentelcéspedes (Burgos). El Enebral de la Virgen es el Enebral de Hornuez, que no está en el camino, pero lo incluí por el significado que tenía para los vecinos de Linares.

Los personajes también tienen su base real: Marcos es mi abuelo; el niño Juan es mi padre; Sara es mi tía abuela, a la que no conocí, pero de la que mi abuelo hablaba siempre con veneración; don Rufino fue el párroco de Linares (aunque, por lo que dicen las crónicas, era mucho más bruto que en la novela). Mi familia paterna tuvo una fonda en Linares, que recibía sobre todo a pequeñoburgueses de Segovia que venían a tomar las aguas y en ella se alojaron también parte de las personas que vinieron a supervisar las obras de la presa. También muchos detalles y anécdotas tienen su base real: la reunión en Peñafiel, la llegada de los falangistas al comienzo de la guerra y los fusilamientos...

Sin embargo, la historia no tiene nada que ver con la de mi familia. Mi tía abuela Sara murió de manera extraña, es verdad, pero no de la manera en la que lo cuento. Mi abuelo se va a la guerra, deja a su madre y a su hermana al cuidado de su cuñado (mi tía abuela estaba casada y tenía hijos), y al volver tres años después descubre que su hermana y su madre han muerto y nadie le sabe decir con claridad lo que ha ocurrido. A los hijos de Sara, los primos de mi padre, muchas veces los he oído hacer suposiciones de lo que pudo ocurrir. Mi abuelo siempre echó la culpa a su cuñado, al que detestaba, pero tampoco era claro.

Lo que sí es real es el sentimiento de desarraigo de los que se marcharon; la herida por dejar aquello, por abandonar a sus muertos bajo las aguas. Ése es un sentimiento que he respirado en casa desde que nací. Mi abuelo era muy callado; sólo se mostraba locuaz cuando hablaba de Linares, de la pena de dejarlo, de su frustración de haber hecho una guerra para salvar su pueblo (identificaba el proyecto de la presa con el gobierno de la República), para que después todo acabase igual.

La necesidad de contar esta historia no procede sólo de esos temas, sino de lo perentorio que me parece contarla con la voz de los que la vivieron. Nosotros, sus nietos —yo, la nieta de Marcos— somos los últimos que la oímos y no podemos desaparecer también bajo la inundación del tiempo sin dejar que se escuche.

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. El agua está presente en toda la novela, casi como un personaje más. ¿Qué creéis que simboliza?
2. Hoy que se habla mucho de la España vaciada. ¿Creéis que es una novela muy actual? ¿Pensáis que es un momento oportuno para visitar esa parte olvidada de nuestra geografía y nuestra historia?
3. Marcos habla solo, y sus pensamientos se entremezclan con recuerdos, reflexiones y momentos vividos, pero si tuvierais que escoger un sentimiento que define este viaje particular, ¿cuál sería?
4. Aunque no abundan, los personajes femeninos tienen un peso importante en la novela. ¿Creéis que la novela tiene un punto de vista femenino o masculino? ¿Cuál de las mujeres os ha cautivado más y por qué?
5. «Lo que descubrí mucho después, de lo que no me di cuenta hasta el día en el que encontré a Gabriel a la puerta de la fragua, es que las guerras tampoco acaban hasta que no desaparece el motivo», dice Marcos en la novela. Y este tema, junto con la memoria histórica es otro asunto de actualidad. ¿Qué opináis que aporta esta historia sobre los años previos y posteriores a la guerra civil?
6. El viaje de Marcos hacia el pueblo nuevo tiene algo de quijotesco... ¿Qué personajes de los que se va encontrando os han llamado más la atención y por qué?

7. Las descripciones de los lugares acaban conformando un personaje más. ¿Qué papel desempeña la naturaleza y el entorno en esta historia?
8. La creación de pantanos es el símbolo de una época que pretendía mejorar la vida de los habitantes de una España pobre que sobrevivía a merced de la agricultura. Pero anegar pueblos enteros, ¿qué consecuencias acarrea sobre aquellos pobladores originarios?
9. La libertad. La autora relata la frustración que sienten algunos de sus personajes por el determinismo de la época. ¿Qué opináis?
10. Otro tema que planea sobre *La marca del agua* es el conflicto entre tradición y progreso y la resistencia de unos y otros por lograr sus objetivos. ¿En qué momentos?
11. El desarraigo está latente a lo largo de la novela, pero en vuestra opinión, ¿a qué sentimos más apego, a la tierra o a las personas?
12. En la novela también se citan algunas referencias gastronómicas. ¿Recordáis alguno de los platos que aparecen?
13. La desgana, el ansia, los palpitos... La autora se refiere así a los males que aquejan a Sara. ¿Cuál creéis que sería hoy el diagnóstico de lo que le sucede?
14. La muerte está presente en toda la novela. Pero hay algunos símbolos que, sin hablar de ella directamente, la aluden. ¿Podéis identificar algunos?
15. El libro también trata sobre la vida en su sentido más pleno, y está presente en varios momentos, algunos simbólicos, donde ésta se abre paso de una manera inexorable. ¿Podrías citar alguno?

16. En la novela Montserrat Iglesias emplea multitud de términos en desuso pero muy precisos relacionados con usos y oficios antiguos (galbana, mistos, reteles, apriscos, escaramujo... ¿Los conocíais todos? ¿Qué palabras os han llamado más la atención?
17. *La marca del agua* guarda conexiones con otras novelas de trasfondo rural. ¿A cuáles os ha recordado? ¿Y con qué otros autores creéis que guarda cierta relación?
18. ¿Qué os parece la relación entre los hermanos? ¿Cómo la definiríais?
19. Recientemente han surgido nuevos autores cuyas temáticas han arrojado un nuevo concepto literario, el neorruralismo. ¿Inscribiríais esta novela entre ellas? ¿Y dónde reside, a vuestro parecer, la originalidad de *La marca del agua*?
20. En la novela se habla de noviazgos, matrimonios y otras relaciones de pareja, pero la palabra «amor» en ese contexto sólo se emplea una vez. ¿Recordáis cuál?
21. Hay un último asunto sobre el que no se arroja ninguna explicación... ¿Por qué creéis que Sara se quita la vida?

LA AUTORA



© Ricardo Quesada

MONTSERRAT IGLESIAS BERZAL (Madrid, 1976) es licenciada en Periodismo y Filología Hispánica y profesora de Lengua y Literatura en Secundaria desde 2003. De sus años dedicados a la prosa científica cuenta con varias publicaciones sobre literatura española e hispanoamericana, como el libro *Los cuentos de Gabriel García Márquez* y otro sobre la revista *La Estafeta literaria*, además de disertaciones en congresos y diversos artículos en revistas especializadas.

En 2018 se graduó en la X Promoción del Máster de Narrativa, durante el cual escribió la novela corta *El terraplén*, que recibió el I Premio Alma Negra, y los cuentos «Sarmiento quemado» y «Agua con hielo», publicados en la revista digital *La Rompedora*.

Asimismo, su proyecto fin de Máster dio como resultado *La marca del agua*, su primera novela larga, que la convertirá en una de las mejores voces de la literatura actual.